

Y ya van veinte años

Manuel Fernández Iglesias y Fernando Pérez González

Mientras en aquel caluroso verano de 1985, el tenista alemán Boris Becker ganaba el torneo de Wimbledon con sólo 16 años, nosotros todavía nos preguntábamos si eran ciertos aquellos bulos que decían que ese año—tampoco—se implantaría la titulación de Ingeniero Superior de Teleco en Vigo. Sin fecha clara aún para el inicio, muchos nos conocimos durante Octubre en las clases de primero de Industriales, a las que asistíamos “para ir entrenando”. Y justo cuando comenzábamos a ponernos nerviosos viendo las proporciones que alcanzaba el Álgebra de Industriales, nos dijeron que por fin levábamos anclas.

Así empezó todo aquel día de otoño de 1985, con cien alumnos en un aula prestada por la Escuela de Industriales que más tarde se convertiría en un almacén logístico de alta tecnología de nuestros compañeros de Automática. Por fin podíamos presumir delante de nuestros amigos de estudiar “Teleco”, como se decía en Madrid, y no la rancia “Ingeniería Industrial”, con cuyos alumnos, a consecuencia de la okupación, había un pique continuo. “El que vale, vale, y el que no, a Industriales”.

El curso comenzó con cinco materias rotundas: Cálculo, Álgebra, Física, Química y Dibujo Técnico, sin ni siquiera saber la duración de los nuevos estudios de Ingeniería de Telecomunicación. Entre nuestros profesores se encontraban Domingo Docampo, profesor de Cálculo que nos introdujo en el arcano mundo de las bolas abiertas y cerradas, y las que no eran ni una cosa de la otra. También estaba Luis Espada, que nos dio un barniz sobre el “agüita” y el plástico en su asignatura de Química, y Betty Leon con su mecánica del sólido rígido en la asignatura de Física. Pepe Durany también contribuyó con los espacios algebraicos duales y biduales, y el tándem Losada-Rubiales con las homotecias y demás filigranas de Dibujo Técnico.

Ya el primer día nos dijeron, quizá nuestro Director Comisario, Anibal Figueiras, o alguno de nuestros nuevos profesores, que la mayoría de los que estábamos allí no aguantaríamos el primer curso. Esta afirmación se materializó con los resultados de los primeros exámenes de Junio: cinco aprobados en Cálculo y quince en Física. Pero estábamos estudiando una carrera de ingeniería, y ya nos habían dicho que eso era algo muy difícil, y que no había que desanimarse por tener que estudiar algún año de más. Claro que, a juzgar por todos aquellos vejestorios de Industriales que veíamos por los pasillos, uno tenía el temor de quedarse a vivir para siempre. Bueno, ahora que lo pensamos, nos hemos quedado a vivir para siempre...

Salvo por los hologramas que nos enseñó Betty durante el primer curso en el laboratorio de física de Industriales, hasta segundo curso no pudimos acceder a ningún laboratorio para realizar prácticas relacionadas con nuestra futura profesión. Pepe Santos y Martín Llamas nos presentaron los IBM PC con dos disqueteras de cinco pulgadas y 256 flamantes Kbytes de memoria. Nos tuvimos que comprar un disquete para copiar el Turbo Pascal, y los más previsores se compraron otro para ir guardando las distintas versiones de las prácticas que teníamos que hacer. La primera, un reloj digital.

Aquellas también eran épocas de conflicto. El gobierno estaba preparando una ley de atribuciones profesionales que en gran medida equiparaba a los ingenieros de ciclo largo con los ingenieros técnicos, ley que está vigente en la actualidad. La ETS de Ingenieros Industriales era un hervidero de reivindicaciones y llamadas a la lucha. Y nosotros nos dejamos convencer. Sin saber muy bien cómo nos afectaba todo aquello, nos solidarizamos con nuestros compañeros de industriales e iniciamos una huelga que nos ocupó gran parte del curso. Y descubrimos lo que era el “aprendizaje autónomo” muchos años antes de que se popularizara el concepto.

Tras haber superado primero, pensábamos que lo más difícil estaba hecho: seríamos tan pocos a partir de entonces que tendrían que aprobarnos a todos si querían tener más de cinco alumnos por especialidad. Pero nos equivocábamos: ese año llegó a segundo una avalancha de nuevos alumnos, que prácticamente triplicaba a los que sobrevivimos a primero. Venían del primer curso común de ingeniería de la Facultad de Matemáticas, en el Campus de Santiago de la que era entonces nuestra Universidad, la Universidad de Santiago de Compostela.

Segundo también marcó la llegada de los primeros profesores procedentes de la Escuela de Madrid, hecho que se convirtió en habitual en años posteriores. A diferencia de otras escuelas creadas poco después—Sevilla y Bilbao—que eran poco más que apéndices de escuelas de industriales, la de Vigo consiguió atraer como profesores a jóvenes telecos llenos de ilusión, y sentarlos junto a consagrados profesionales, como José María López Mas, un ingeniero de los que ya no quedan, venido del mundo de la radio, y que llenaba las clases de Redes de tercero con el humo de los cigarrillos que confundía de vez en cuando con la tiza que tenía en la otra mano. A todos aquellos jóvenes: Antonio García Pino, Carmen García Mateo, Xulio Fernández Hermida, Ramón Hermida, Martín Llamas,... debe hoy la Escuela el haber llegado tan lejos.

Tener profesores que daban clase por primera vez acarreaba el problema de que la vara de medir aún no estaba graduada; el resultado fue que las escabechinas no cesaron, y en tercero volvíamos a ser muy pocos. Como cabe suponer, las clases de las dos especialidades (Comunicaciones y Telemática) podrían haberse impartido en una sala de estar sin problemas de espacio.

De todos modos, todos recordamos con cariño nuestra etapa de estudiantes. Profesores y alumnos estábamos muy ilusionados con lo que teníamos entre manos, ya que no siempre se tiene la oportunidad de ver nacer y dar sus primeros pasos a unos estudios universitarios. Esa ilusión generalizada contribuyó a que la formación que recibimos fuera realmente buena, tanto por el compromiso de los profesores como por nuestras ganas de aprender. Y lo que es más importante, al menos para los que decidimos continuar con nuestra carrera profesional en la Escuela a la que vimos nacer, es que todavía mantenemos esa ilusión con la que empezamos.